

carácter, al pueblo romano. Y levantadas así la razón y la justicia á la cúspide del pensamiento, y señalando como medio de descubrir la verdad el de Descartes, que consistía en obtener todo de la razón á fuerza de deducciones, y cultivando este método durante la juventud, en que se contraen y arraigan los hábitos intelectuales, los alumnos adquirirían indestructible costumbre de resolver todas las cuestiones por la sola dialéctica y teniendo por criterio único la justicia.

Así se creó irresistible tendencia á considerar sistemáticamente y en grande los más arduos problemas sociales, sin preocuparse por los detalles que los caracterizan, y atendiendo sólo al conjunto; así se impuso inclinación irremediable que conducía á resolver esos problemas por fórmulas que encerraban en gigantesco círculo á la nación; y esto hizo que ni se viera ni pudiera verse la dificultad de las resoluciones, ó aun la imposibilidad de realizarlas dado el estado social.

Gracias á la disciplina mental de los colegios, á la imposibilidad en que se ponía al espíritu de percibir las condiciones materiales de la sociedad y al imperio del internado, que relajaba la familia para formar artificiales sociedades, donde la vida nacional sólo se concebía por vagas abstracciones, se produjo la intrepidez con que los organizadores tomaron la empresa, la grandeza de miras y el desdén con que vieron las condiciones reales del país; así dieron forma al molde en que querían forjar el gobierno y la patria según sus ideales, y como estorbaban sus miras los conservadores, lucharon rudamente con ellos hasta expedir la en parte utópica Constitución de 1857 y las leyes de Reforma.

6. La educación que esto produjo existía desde antes de la Independencia, que en parte es su resultado; pero se afirmaba entre los jóvenes, que, después de vivir juntos en las escuelas, se unían en sociedades literarias y en parte masónicas, como las del rito mexicano, el más constantemente informado por el ideal de la libertad y la justicia.

Los que así se sentían unidos, y llegaban á estar seguros de que implantando sus ideales hacían el bien de la patria, comparaban con esos ideales la realidad, y, encontrándola deformada, se resolvían á luchar contra ella, caracterizando así las tendencias de los dos grupos opuestos: el que continuaba la obra de la Independencia para obtener libertades, y el que seguía la de la dominación para conservar monopolios; ambas se ostentaban en folletos y periódicos, que, con elocuentes editoriales, á menudo virulentos, acentuaban la conciencia colectiva de cada grupo, educando á sus lectores en intransigencias, donde por una parte podía leerse *clericalidad*, y por la otra, *jacobinismo*.

El triunfo liberal de 1833, incontinenti hecho nugatorio por la reacción, se repitió casi definitivo en 1857, sobre todo gracias á los abogados, hombres de espíritu deductivo, que trataban de establecer la justicia ideal proclamando las libertades tanto para el conjunto del país como para sus diversas partes constitutivas.

7. No es dudoso que para tal resultado influyeran así las ideas de los enciclopedistas franceses, enardeciendo las aspiraciones, como los conceptos de los anglo-americanos; no tanto porque las obras de éstos se leyeron mucho en México,—á ello se oponían las predisposiciones de raza y las dificultades de la lengua,—sino por su rapidísimo progreso y por su triunfo sobre México, que debían concentrar las inteligencias, como en un hipnotismo, hacia sus instituciones, vistas particularmente al través de libros franceses.

Para vulgarizar las tendencias un poco vagas de los enciclopedistas y las formas gubernamentales del Norte, más prácticas, sirvieron no sólo las lecturas en que predominaba la vieja corriente latina de allende el mar, sino las conversaciones privadas, y la inmensa, diaria y pública conversación de los periódicos, que tenían redactores tan elocuentes como D. Ignacio Ramírez, D. Ignacio Altamirano, D. Francisco Zarco; antes, D. Luis de la Rosa y otros, sobre todo en *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, así como, poco después de la Independencia, en *El Sol*; pero aunque esto dió orientación á muchos ideales, lo principal fué debido á la educación razonadora de la Nueva España y de los primeros sesenta y siete años del siglo XIX, la cual hacía aceptar ante todo grandes postulados, y por la irresistible sucesión de las ideas en orden deductivo, debía conducir á las supremas conclusiones implantadas luego; así se explica que hombres como D. Joaquín Fernández Lizardi, en sus folletos de hace casi cien años, revelen, con tanta ignorancia de determinados conocimientos, tanta penetración de condiciones para el progreso, como lo es la obligación de la enseñanza primaria. Al anticiparse á su tiempo, al establecer sin los suficientes fun-

damentos los requisitos de la futura organización, y divulgarlos en artículos llenos de errores y de fe, muchos directores del pensamiento mexicano tuvieron genial videncia, y gracias á que nada consideraban utópico, porque lo salvaban con el poder de sus construcciones teóricas y deductivas, consumaron en 1867 la Independencia, que sólo aparentemente pudo decirse hecha en 1821, y permitieron surgir á los constructores, no ya del conjunto, sino de las más importantes porciones del organismo social.

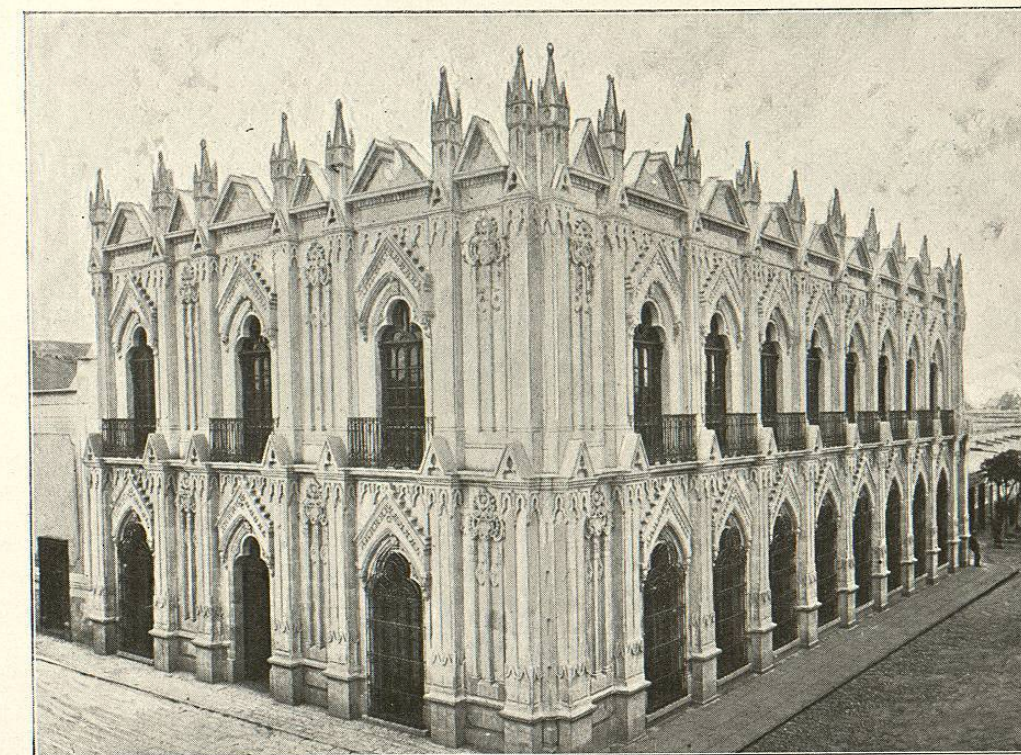
8. Los llamados á esta labor debían ser los que por su educación tuvieran menor tendencia á construir *á priori*, deduciéndolo todo de postulados: no podían ser, en general, aptos para esto ni los abogados ni los teólogos, sino los médicos y los ingenieros, que en sus escuelas habían hecho estudios en que poco era lícito si no venía con sus correspondientes pruebas. Algo podían hacer también los educados en el Colegio Militar, que asimismo no había establecido fundamentalmente la educación apriorística, y por eso á algunos de estos colegiales se debió en los primeros decenios, como ahora, la naciente organización de los conocimientos geográficos de México: itinerarios, planos, cartas cada vez menos imperfectas.

Puede notarse que casi nunca los ex-alumnos del Colegio Militar han sido los grandes generales á cuyos hechos de armas se deben importantes peripecias políticas del país, sino que esos hechos se hicieron sobre todo por jefes liberales que habían iniciado ó concluido estudios de abogacía, y prendados de justicia y llenos de fe en la libertad, se lanzaban al combate por su causa, como lo hicieron González Ortega y el general Díaz.

9. La labor inmensa de los caballeros del ideal, de los amantes de la justicia hasta la utopía, principió á manifestarse con la independencia política, iniciada en 1810; fueron sus primeras aunque efímeras victorias las leyes de 1833, sus lauros supremos la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma, su última campaña la intervención, y el fin de ella y su efecto aniquilar los privilegios.

Así quedó destruida la principal causa de nuestras revoluciones, la falta de libertad, que ocasionaba la perpetua rebelión de los que no tenían derechos, y sólo subsistió como origen de guerras la ambición, que á su vez tenía que desaparecer cuando un hombre de prudencia y resolución inquebrantables, como lo ha sido por fin el general Díaz, hiciera la paz, suprimiendo de modo progresivo los cacicazgos.

Con el triunfo de 1867 debía suceder que, desapareciendo el único enemigo serio de las instituciones, el partido conservador aumentara el poder de las autoridades; y como, por otra parte, los capitalistas, que sólo se habían ocupado en defender sus privilegios, fueron vencidos, se separaron de la vida nacional, se contentaron con recoger los pingües frutos de sus haciendas, y no fundando ya ninguna institución educativa, dejaron libre campo á las autoridades para dirigir la enseñanza. A este fin concurrió también el hecho de que el sentimiento piadoso, que había impulsado para formar dichas instituciones, entró en franca regresión, sobre todo gracias á la impalpable y sutil indiferencia religiosa que insinuaban los libros y folletos de toda especie venidos del Viejo Mundo.



Jerez (Zacatecas).—Escuela Municipal de niñas (estado actual)

Así, en tanto que hasta 1821 la instrucción pública casi se impartió nada más por la iniciativa individual acaudalada, y que de 1821 á 1867 se realizó principalmente por la de individuos de clase media ó proletarios, como el heroico Vidal Alcocer, ya que los capitalistas se consagraron á defender sus privilegios; en el último período de nuestra historia debía realizarse sobre todo por el Gobierno, cada vez más poderoso, que ya no la organizó por medio de los aprioristas, hijos de las escuelas metafísicas, los cuales habían vencido con sus utópicos y grandiosos ideales las más fuertes energías y constituido á la nación con fórmulas gigantescas, y en parte irrealizables, sino por medio de los hijos de las escuelas científicas, únicos que podían hacer progresar, no revolucionando, sino evolucionando, no por los esfuerzos que México hizo hasta 1867, y que tanto han servido para su avance, sino por la obra más segura, más circunscrita, más reflexiva, cuyo análisis paso á bosquejar.



Querétaro. — Exterior de la Escuela Normal (época presente)

CAPÍTULO X

ORGANIZACIÓN CIENTÍFICA DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA Y PREPARATORIA EN 1867

CUANDO el gran presidente Juárez, después del triunfo contra la intervención, ocupó la capital de la República, se propuso organizar la enseñanza, que, por la destrucción de las antiguas corporaciones, había quedado casi por completo en manos del gobierno, y al efecto nombró ministro de Justicia é Instrucción Pública á un hombre de firme voluntad y abierto espíritu, el jurisconsulto D. Antonio Martínez de Castro, para que, sobre las ruinas de la intervención, creara todo.

El ministro á su vez fió tal empresa al ingeniero D. Francisco Díaz Covarrubias y á una comisión que le encargó presidir; pero el eximio Covarrubias logró fuera nombrado en su lugar el Dr. D. Gabino Barrera.

Este hombre eminente, nacido en Puebla en 19 de Febrero de 1824, educado en la capital de la República, y desdeñando obtener el título de abogado, aun cuando poseyó desde joven los conocimientos relativos; estudiante de Medicina á los diez y nueve años, defensor de la patria en 1848, discípulo un poco después en París del genial Augusto Comte, lector asiduo de la biblioteca positivista, recibido de médico en México en 1851, profesor de Física por oposición en la Escuela de Medicina en 1854, y también allí de Historia Natural desde 1855, miembro notable de la Academia de Medicina, publicista escrupuloso, orador persuasivo, médico acertado, no había ciencia que no poseyera en sus cardinales bases, y todas las había rehecho en su mente en el orden prescrito por Augusto Comte. En la comisión que debía presidir, encontróse acompañado por los sabios D. Francisco y D. José Díaz Covarrubias, por D. Pedro Contreras Elizalde, jefe empeñoso de la Sección de Instrucción Pública de la secretaría del ramo, á quien debió en París